

Espartaco : un paradigma de barbarie en la literatura grecolatina de época imperial

El concepto del *barbarus*, el que habita más allá de las fronteras imperiales, fue algo consustancial a la propia Historia de Roma. Tanto es así que los propios romanos se definieron a sí mismos resaltando aquellas cualidades que resultaban totalmente ajenas al universo cultural barbárico : orden frente a caos, templanza frente a tiranía de las pulsiones, desarrollo frente a primitivismo... Y esto lo conseguían ejemplificando conductas negativas o bien de colectivos o bien de personajes concretos. De entre estos últimos destacó, sin lugar a dudas, la figura de Espartaco.

De bárbaros y de esclavos en rebelión sabemos lo que Roma dijo de ellos : que eran sus enemigos (*hostes*) (1). *Hostis* hace referencia al enemigo exterior (*Dig.* 49, 15, 24 ; 50, 16, 118) (2), formando parte, pues, de la misma categoría que los bárbaros. Además el tracio aparece incluido en las listas de enemigos exteriores de Roma, caso de Aníbal o Mitrídates, que también son bárbaros (*Sen., Cont.* VII, 2, 7). Tales enemigos públicos suelen responder a un retrato estándar que repite elementos comunes.

Dentro del conjunto de testimonios antiguos que nos acercan a la revuelta servil de Espartaco, tal vez sean los autores de origen griego los que más favorablemente perfilaron al gladiador tracio. Estos historiadores distan de presentar su rebelión como un episodio cercano al bandolerismo o como un asunto de orden público. Apiano y Plutarco son las dos fuentes que con más lujo de detalles describen los sucesos. Ellos no buscaron únicamente halagar a Espartaco, pasando revista a sus múltiples virtudes (3), sino que pretendieron entender la rebelión servil como algo más que el simple hecho puntual de unos gladiadores que se fugan de su escuela y mantienen en jaque durante tres años a las tropas romanas.

(1) Muchos de los enemigos de Roma, caso de Aníbal o del lusitano Viriato, aparecen colmados de valores que son propios de Roma y que ésta ha perdido. En cualquier caso, las virtudes de los enemigos nunca ponen en entredicho los intereses del orden impuesto por Roma. Vid. J. ALVAR, *Héroes ajenos : Aníbal y Viriato* en J. ALVAR & J. M. BLÁZQUEZ (Eds). *Héroes y antihéroes de la Antigüedad Clásica*, Madrid 1997, p. 140.

(2) Sobre el concepto, vid. P. JAL, *Hostis publicus dans la littérature latine de la fin de la République* en *R.É.A.* LXV (1963), p. 53-79.

(3) Entre esos atributos positivos destacamos la sensatez, la fortaleza, la dulzura de carácter y la inteligencia ; vid. PLUT., *Crass.* VIII, 3.

También Diodoro Sículo (XXXVIII/XXXIX, 21) calificó al gladiador tracio de "bárbaro". Pero no es únicamente la sucinta referencia del historiador siciliano la que nos sitúa a Espartaco en un territorio próximo al de las *externae gentes*. El precedente más claro a su afirmación lo encontramos en la alusión, también muy concisa, que Julio César hace de la revuelta de Espartaco (Caes. B.G. I, 40, 5). De ella nos interesan sobre todo, tres aspectos. El primero de ellos es que César apunta el origen germánico de los esclavos; las fuentes hablan de galos, tracios y germanos, tres pueblos que, cada uno a su manera, fueron paradigmas de la barbarie. El segundo aspecto es que César, apartándose del resto de la tradición historiográfica que califica a este episodio de *bellum*, lo clasifica como *seruilis tumultus*. *Tumultus*, y no *bellum*. La legislación romana establecía diferencias entre guerras legítimas, conflictos que enfrentaban a Roma con otros enemigos reconocidos por ella como iguales en entidad (4), y otras manifestaciones de violencia, entre las que se encontraba el *tumultus*, y que eran propias de rivales de menor categoría social o de difícil clasificación: piratas, ladrones, esclavos o bárbaros (Dig. 49, 15, 24). Se trataría, sencillamente, de una manifestación de violencia más próxima a una operación de restablecimiento del orden público que a una contienda militar en toda regla.

El testimonio cesariano respalda — junto al de Plutarco — la información facilitada por Floro en cuanto a la condición militar de Espartaco; o lo que es lo mismo, viene a certificar su pasado como soldado en las tropas auxiliares al servicio de Roma (5). Y es precisamente esa condición militar del gladiador tracio lo que lo convierte en uno de los enemigos más temibles de Roma (6). César reconoce a los esclavos unos méritos indudables: *usus* y *disciplina*, que son las cualidades que han aprendido de Roma. La "pericia" en la labor militar y la "disciplina" de su ejército aparecen como las claves del éxito servil. No obstante, ese reconocimiento no oculta cierto grado de autocomplacencia, ya que han sido precisamente dos cualidades genuinamente romanas las que dotan al enemigo de un peligro considerable (7), dando a entender que por sí solos los esclavos, como

(4) L. A. GARCÍA MORENO, *Hispaniae tumultus. Rebelión y violencia indígena en la España romana de época republicana en Polis* 1, 1987, p. 8, da la siguiente definición del *bellum iustum*: "Aquellas acciones armadas desarrolladas por o contra otro poder exterior legalmente constituido, y realizadas conforme a un reglamento considerado civilizado por institucional".

(5) FLOR. II, 8, 8. PLUT., *Crass.* VIII. C. ST. TOMULESCO, *Quelques petites études de droit romain en BIDR LXXXII*, 1979, p. 103.

(6) El hecho de desertar y convertirse en *latro* hace que adquiera la condición de *transfuga*, ya que la desertión implicaba pasarse a las filas del enemigo, que en este caso sería un rival mucho más genérico. Los *transfugae* eran particularmente peligrosos por el riesgo que suponía que proporcionaran información militar romana a los contrincantes. M. VALLEJO GIRVÉS, *Transfugae en el ejército de Roma en Hispania Antiqua* XX, 1996, p. 399-408.

(7) J. SCARBOROUGH, *Reflections on Spartacus en Anc. W.* I, 1978, p. 80; M. A. LEVI, *La*

“bárbaros” que eran, carecerían de esos atributos. Es la instrucción romana lo que convierte a Espartaco en un rival temible. César admite de los esclavos la capacidad de adoptar tácticas militares romanas ; Espartaco ya no es sólo el forajido, sino también un antiguo soldado que lleva a la práctica las enseñanzas romanas ; y es de ahí donde nace su peligrosidad.

Junto al de César disponemos de otros testimonios que inciden en la misma línea de relacionar al gladiador tracio con la esfera bárbarica. Estos serían los de Frontón, Amiano Marcelino, Claudiano, Sinesio de Cirene y Sidonio Apolinar. En la obra del primero de ellos, rétor y preceptor de Marco Aurelio y Lucio Vero, encontramos dos menciones a Espartaco que acercan al tracio a la esfera de la barbarie. Las dos se encuentran en epístolas dirigidas a Lucio Vero ; la primera de ellas se fecha en el año 163 y la segunda dos años después, en el 165. En la primera de ellas (*Ad Verum* 187, 17), Frontón afirma que tanto el lusitano Viriato como el tracio Espartaco fueron expertos en el arte militar y siempre estuvieron prestos a la hora de actuar : “*Etiam Viriathus, etiam Spartacus belli scientes et manu prompti fuere*”. En la segunda mención (*Ad Verum* 197, 17), vuelve a hablar de las virtudes militares de ambos personajes, comparándolos con la también sabiduría castrense del emperador Trajano : “*Nisi quod etiam Spartacus et Viriathus aliquantum potuere*”. Se trata de dos referencias concisas y muy similares que nos permiten extraer algunas rápidas conclusiones. Para empezar vemos cómo, dos siglos y medio más tarde, Espartaco sigue siendo recordado por sus habilidades como estratega. Más interesante resulta la comparación que en ambos casos Frontón realiza entre Espartaco y Viriato. Al otorgarles a ambos unos valores semejantes, el rétor acerca a Espartaco a la órbita bárbarica. Qué duda cabe que tanto uno como otro coinciden en diversos aspectos. Resulta innegable el carácter bárbaro de ambos: uno es lusitano y el otro tracio. En sus concisas referencias Frontón se limita a recordarnos un hecho evidente pero que en ocasiones parece olvidarse : nos referimos a que Espartaco, en tanto que tracio, era un bárbaro⁽⁸⁾. Espartaco y Viriato fueron *latrones*⁽⁹⁾, y, a pesar de ello, la historiografía romana los adornó con virtudes similares. El lusitano fue el que dio la debida cohesión a su partida de bandidos merced a su indudable carisma ;

tradizione sul bellum servile di Spartaco en Actes du Colloque 1971 sur l'Esclavage, París, 1973, p. 173 ; M. LEVI, *Familia, servitus, fides. Indagación en torno a la dependencia humana en la sociedad romana en Gerión* I, 1983, p. 208.

(8) M. CAPOZZA, *La tradizione della guerra di Spartaco en Paideia* XXXIII, 1978, 20 ; J. MAURIN, *Les Barbares aux arènes en Ktema* IX, 1984, p. 105 : los tracios sustituyeron, a partir de la República, a samnitas y galos como bárbaros genéricos, forzados a combatir en las arenas de los anfiteatros romanos ; para TÁCITO (*Ann.* IV, 48, 1 ; 43, 6 ; 47, 2) constituyeran un pueblo reacio a someterse al orden romano.

(9) B. D. SHAW, *Bandits in the Roman Empire en P&P* CV, 1984, p. 4-5 : “*Latrones were men who threatened the social and moral order of the State by the use of private violence in pursuit of their aims*”.

con sus hombres se mostró justo y equitativo en los repartos del botín (App., *Ib.* 75) ⁽¹⁰⁾. Estas dos características, así como el uso de tácticas militares cercanas a la guerrilla (App., *Ib.* 62 ; 63), también fueron atribuidas a Espartaco. Tanto el uno como el otro se enfrentaron a un rival que les superaba en todo y aun así les trajeron en jaque durante un tiempo considerable, aunque al final ninguno de los dos pudo escapar a su destino ⁽¹¹⁾.

Asimismo, Espartaco y Viriato son buenos estrategas, no se dejan arrastrar por las falsas euforias y saben discernir entre las apariencias y la verdadera realidad; los dos, también, están al frente de estructuras itinerantes y viven del saqueo (App., *Ib.* 64) ; la geografía que los cobija es similar, como parecidos son los apoyos de los que disfrutaban. El bandido lusitano firmó un pacto con Roma (App., *Ib.* 69 ; 70), que luego ésta rompió ⁽¹²⁾, y Espartaco intentó, de manera infructuosa, llegar a un acuerdo con Craso ⁽¹³⁾. Y los dos, por último, rubricaron su gloria con una muerte que los convirtió en mitos ; en los funerales de Viriato, como sucedía en las exequias de los grandes personajes, y como sucedió en el de Criso celebrado por Espartaco, hubo combates de gladiadores junto a su tumba (App., *Ib.* 75).

En buena medida Viriato representaba, a los ojos de Roma, el ideal del buen salvaje, que combinaba la virtud con la justicia, frente a la corrupción de costumbres que se extendía por el Imperio Romano ⁽¹⁴⁾. Desde la visión privilegiada de la que hoy disponemos, tanto Viriato como Espartaco se han alzado como los símbolos genuinos de la resistencia frente al imperialismo ; son los líderes de los pobres frente a los innumerables Goliats que pueblan la tierra ⁽¹⁵⁾. Las dos sucintas referencias de Frontón nos ayudan a recordar que Espartaco era un bárbaro para la mentalidad romana. Es cierto que era un gladiador y que eso lo colmaba de infamia. No es menos cierto que sirvió en las tropas auxiliares y que luego desertó convirtiéndose en bandido. Cuando regresó al mundo civilizado lo hizo siendo un esclavo. Sin embargo, esta larga serie de avatares no ocultan el hecho de que Espartaco era un tracio, un bárbaro. Resulta lícito pensar que si Espartaco es un mito construido por Roma, el bárbaro es una figura creada también por la *Vrbs*.

(10) L. PÉREZ VILATELA, *Notas sobre la jefatura de Viriato en relación con la Ulterior* en *Archivos de Prehistoria Levantina* XIX, 1989, p. 203 ss.

(11) J. ALVAR, *op. cit.*, p. 150 ss.

(12) R. LÓPEZ MELERO, *Viriatus Hispaniae Romulus en Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Hª Antigua, t. I, 1988, p. 254 ss.

(13) M. DOI, *On the Negotiations between Roman State and the Spartacus Army* en *Klio* LXVI, 1984, p. 170-174.

(14) L. A. GARCÍA MORENO, *Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato* en *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, 1988, p. 381.

(15) Para el mito moderno de Viriato, *vid.* J. ALVAR, *op. cit.*, p. 139 y 141 ss.

Siguiendo con los testimonios clásicos, llegamos al de Amiano Marcelino. Éste, en una concisa y moralizante referencia inserta en una de sus críticas a la corrupción del César Galo (XIV, 11, 33), escribe lo siguiente : “*Et Eunus quidam ergastularius seruus ductauit in Sicilia fugitiuos. Quam multi splendido loco nati romani, eadem domina conuiente, Viriathi genua sunt amplexi uel Spartaci ?*”. Para reforzar su acusación, Amiano acude a algunas figuras que encarnan a villanos del pasado : Euno y Espartaco, los líderes de las revueltas serviles, y Viriato, que se corrompió una vez que reunió todo el poder en sus manos (16). Por la analogía que se vuelve a establecer entre el tracio y el bandolero lusitano, de nuevo citados de manera conjunta, el testimonio de Amiano puede ser colocado en la misma órbita que los ya vistos de Frontón o César : en sus argumentaciones se subrayaban aquellos aspectos que más acrecentaban la vertiente bárbara de Espartaco. Téngase en cuenta, también, que el antioqueno, “escritor fundamentalmente aristocrático por voluntad de serlo” (17), fue un acérrimo defensor de la rígida jerarquía de la sociedad romana, y que cualquier manifestación perteneciente a los estratos sociales más bajos, entre las que hallamos a los esclavos, respondían para él a los esquemas de la barbarie antes que a los de la civilización (18).

Pocos años más tarde, en Claudiano volvemos a encontrar la utilización moral del nombre de Espartaco. La referencia que hace del tracio y de la revuelta servil le sirven para confrontar su propia época con el pasado. En *Bell. Get.* 155-165, el poeta comienza recordando a las figuras de Pirro y de Aníbal ; el cartaginés era uno de los hitos de la memoria romana que invocaba el peligro por excelencia (*Bell. Get.* 154). Y a continuación aparece Espartaco. La consideración que le merece el gladiador tracio no es buena : *ullis Spartacus* (*Bell. Get.* 155). No nos debe extrañar : para un romano, por muy lejano en el tiempo que se encuentre, Espartaco seguía siendo un gladiador que se alzó contra el orden establecido. La revuelta está narrada de un modo “impresionista”, bastándole a Claudiano la referencia a unos pocos episodios para condensar todo lo que supuso la rebelión. Así, toda Italia se ve arrasada con la espada y el fuego : “*omne per latus Italiae ferro bacchatus et igni*” (*Bell. Get.* 156), una concisa metáfora que subraya el aspecto material de la revuelta ; los romanos desconocían los objetivos de los sublevados, se limitaban a percibir las consecuencias de sus actos, que no eran otras que “la espada” y “el fuego”. Señala también la derrota sufrida por los cónsules, así como la pérdida de los campamentos y su captura por los

(16) T. D. BARNES, *Ammianus Marcellinus and the Representations of Historical Reality*, Ithaca-London, 1998, p. 131.

(17) J. ARCE, *El historiador Amiano Marcelino y la pena de muerte en H. Ant.* IV, 1974, p. 321.

(18) R. SEAGER, *Ammianus Marcellinus. Seven Studies in his Language and Thought*, Columbia, 1986, p. 132.

rebeldes : *consulibusque palam totiens congressus inertes exuerit castris dominos* (*Bell. Get.* 157-158). Queremos destacar aquí que la pérdida de los campamentos, más que debidas a las capacidades estratégicas y militares serviles, parecen causadas por la indolencia de los generales romanos. De tal modo, la rebelión es vista como un estrago vergonzoso : *strage pudenda* (*Bell. Get.* 158). Aquí tenemos la vertiente moral del mismo : la vergüenza que impregna a Roma al tener que enfrentarse con unos enemigos indignos. El episodio que mejor ilustra la deshonra de la que hablamos lo encontramos un poco más adelante, cuando narra la captura de las águilas romanas, una auténtica tragedia que fue realizada no por un temible ejército, sino por simples "armas de esclavos" : "*fuderit imbelles aquilas seruilibus armis ?*" (*Bell. Get.* 159). Más adelante nuestro autor introduce una reflexión sobre su época presente. De su propia generación afirma que conoce el lujo, está privada de terrores y, comparados con los tiempos pasados, sus problemas carecen de importancia (*Bell. Get.* 160-161). Estas palabras, al margen de suponer un halago para el poder, vienen a situar a Espartaco dentro de esos "terrores" de antaño, como también lo fueron Pirro y, sobre todo, Aníbal. En este apartado también hay lugar para hacer alguna referencia a la revuelta servil. Califica ahora a las tropas de Espartaco de la forma que sigue : "*non hanc ergastula nobis inmisere manum nec coniurantis harenae turba fuit*" (*Bell. Get.* 162-163). En ambas menciones encontramos que, de nuevo, sale a relucir el juicio moral. Gladiadores y *ergastulae* (es decir, esclavos agrícolas detenidos en esas cárceles particulares), quizás sean de los peores estratos que se observan dentro de los esclavos. Al ser ellos los protagonistas, la revuelta no sólo supone un peligro, sino también una considerable vergüenza para Roma, al mismo tiempo que un agresión bárbara en toda regla ⁽¹⁹⁾.

Contemporáneo de Claudiano es Sinesio de Cirene. Y en su *De Regno* hallamos otra alusión interesante sobre Espartaco y la barbarie. El texto seleccionado

(19) En pasajes como el de *B.G.* 36-40, califica a los bárbaros como *tenebrae e claustra tristia* y al Imperio como *ordo iustitiae*, mostrando así una adhesión incondicional a los tópicos literarios en cuanto a las *externae gentes* ; asimismo, en 77-79, diferencia entre los agresores godos, vencidos en Pollenza y Vicenza, y los romanos, gloriosos. Sus obras *De Bello Gildonico* y *De Bello Gothico* rezuman un intenso patriotismo y reflejan una aguda preocupación por el destino del Imperio, motivos ambos suficientes para conferirles un tono épico y tradicional. Vid. A. ALBERTE, *Consideraciones en torno al carácter épico de los poemas de Claudiano De Bello Gildonico y De Bello Gothico* en *Darius*, 1978, p. 29-49 ; pero al mismo tiempo el poeta introduce una novedad que no hallamos ni siquiera en el filobarbarismo de Temistio : no deja de reconocer que los bárbaros han sido útiles a la causa romana ; gracias a ellos, Estilicón pudo enfrentarse y vencer a otros bárbaros (*De sexto cons. Hon.*, 218ss). Para N.W. BAYLESS, *Anti-Germanism in the Age of Stilicho* en *Byzantine Studies* 3, 1976, p. 75, la defensa del reclutamiento bárbaro por Claudiano (que no es otra cosa que la apología de su patrón, Estilicón), evidencia el sentimiento antigermanista que existe en Occidente por esos años, donde la política filogótica de Teodosio era bastante impopular.

se encuentra en un capítulo que lleva el significativo enunciado de “También deben ser expulsados los bárbaros de los puestos de poder”. La intención del autor a la hora de redactar su discurso era, ante todo, advertir convenientemente a sus lectores de una posible alianza entre los bárbaros – que ya estaban ocupando puestos relevantes dentro de la organización imperial – y los esclavos (20). El miedo a que se constituyera una “quinta columna” entre esos dos enemigos de Roma está presente en sus palabras. De la lectura del fragmento elegido (*De reg.* 24 a), podemos apuntar algunas conclusiones. Para empezar, Sinesio habla de la revuelta servil de Espartaco partiendo de un error más que evidente : sitúa los hechos en la Galia, y no en Capua o ni siquiera en Italia. Podemos pensar que, o bien se trata de un inocente desliz, de una improbable falta de conocimiento o que tal vez, al situar los sucesos en la Galia podía acentuar su peligro. Posteriormente, coloca al frente de la revuelta, y en un plano de completa igualdad respecto al mando, a Espartaco y a Crixo. No es la de Sinesio la única voz que resta protagonismo al tracio al hacer de él un capitán al mismo nivel que alguno de sus compañeros de armas (21).

Sinesio recalca los males morales que vinieron con la rebelión. Eso se aprecia en su insistencia al mencionar el carácter infame de los gladiadores, entrenados para servir como víctimas expiatorias del pueblo romano (22). Es decir, que con su sublevación los rebeldes le dan la vuelta al orden social y político legalmente constituido. El daño, por lo tanto, será doble : el estrictamente material, y este otro más difícil de cuantificar pero que llevó la vergüenza a la historia de Roma.

Queremos destacar la apreciación que realiza Sinesio respecto a las intenciones de los gladiadores rebeldes. La intención básica que preside su fuga no es otro que el de la “venganza”. Para ellos vengarse significa subvertir el orden

(20) Sinesio se pregunta cómo un pueblo descendiente de esclavos (*De regno* 25a), susceptibles siempre de la servidumbre (24a), ha alcanzado los máximos honores políticos del Imperio : sin duda alguna, algún día intentarán someter a sus antiguos amos civilizados (24a-c). Pecan los bárbaros de insolencia e ingratitud, ya que olvidan que, no hacía mucho tiempo, cuando fueron perseguidos por sus enemigos, encontraron refugio dentro de los límites del Imperio, sentando un peligroso precedente para otros pueblos que llegarían más tarde con el mismo propósito (25b-d).

(21) Los testimonios que sitúan a Espartaco, Crixo y Enomao como capitanes de idéntica jerarquía son los de : LIVIO (*Per.* XCV, 2), EUTROPIO (VI, 7, 2), OROSIO (*Hist.* V, 24, 1), y AGUSTÍN (*C. D.* III, 26).

(22) Recordemos los testimonios de otros autores cristianos sobre los espectáculos públicos : AG., *Civ. Dei* II, 8-10, remarca la obscenidad de tales espectáculos y la pasión que por ellos sienten los romanos ; para OROS. VII, 33, los teatros son vestigios de la idolatría ; en VII, 4, 11, recuerda el hundimiento del anfiteatro de Fidenes, causando veinte mil víctimas : es una advertencia divina a los hombres ; SALV., *De gub. Dei* VI, 39-45 : gracias a las devastaciones bárbaras se ha interrumpido la inmundicia de los espectáculos gladiatorios.

social. La alarma de Sinesio aparece entonces totalmente justificada. En ningún momento se minimizan las consecuencias de la rebelión. Para empezar, no duda en calificarla como la guerra más gravosa que los romanos tuvieron que afrontar en esa época. Y no olvidemos que, para ser así, debía competir con "rivales" de la talla de Mitridates o Sertorio. Un poco más adelante añade que Roma estuvo a punto de desaparecer de la faz de la tierra a causa de la insurrección servil. Esta afirmación resulta un tanto exagerada, pues carecemos de la seguridad de que entre los planes de Espartaco se hallara el de atacar a Roma. Más tarde indica Sinesio que para hacer frente a tamaña amenaza fueron necesarios generales, cónsules y la "buena fortuna" de Pompeyo. Hay que subrayar aquí la ausencia total de referencias a Craso. Resulta particularmente interesante la reflexión realizada por Sinesio respecto a la composición de la revuelta: apunta que los seguidores de Crixo y de Espartaco no formaban un bloque compacto por el hecho de pertenecer a la misma raza. Es decir, no existía una homogeneidad étnica en la rebelión. El aspecto que todos tenían en común y que hacía las veces de argamasa que los unía era precisamente, el hecho de ser esclavos; la unidad se lograba gracias a su infame condición servil. El hecho de tener un mismo enemigo común, Roma, contribuía a eliminar desavenencias internas y propiciaba la unión entre los rebeldes, por encima de pasajeras afinidades raciales. Sinesio teme por lo tanto, que la hipotética alianza entre los esclavos y los bárbaros se cimente sobre el odio a Roma: unos y otros también tienen un enemigo compartido. El odio y el deseo de venganza común a ambos colectivos puede hacer que las palpables diferencias entre bárbaros y esclavos se derrumben y Roma vea su seguridad amenazada.

Por lo tanto, en las palabras de Sinesio también podemos adivinar una intención pedagógica, al pretender que no se repitan los errores del pasado, para evitar que Roma se vea, nuevamente, atrapada por un peligro de tan considerables dimensiones. Sin duda alguna, el obispo de Ptolemais pensaba en el protagonismo que los bárbaros estaban tomando en el ámbito del Imperio. En cualquier caso, el nombre del gladiador tracio perdura más allá de sus actos y parece haber quedado como sinónimo, en la memoria colectiva de Roma, de peligro.

Tres son las ocasiones en que encontramos el nombre de Espartaco en la obra de Sidonio Apolinar. En la primera de ellas (*Ep.* III, 13, 10), Sidonio pasa revista a los vicios de un esclavo: adulador, charlatán y entrometido. A este esclavo se le califica de la siguiente manera: *Et si ad occulta familiarium publicanda temporis ratio sollicitet, mox per hunc Spartacum quaecumque sunt clausa franguntur quaeque obserata reserantur.* De tan conciso fragmento podemos extraer dos rápidas ideas. La primera es que el nombre de Espartaco continúa siendo relacionado con elementos negativos, en la línea de la degradación moral que acompaña al recuerdo del gladiador tracio. La segunda consideración es que la referencia trae de inmediato a la memoria el episodio concreto de la fuga de los gladiadores de Capua, y por extensión, toda la revuelta. Esos cerrojos que vuelan

por los aires son los muros del *ludus* de Capua, y también, los ejércitos romanos vencidos por los esclavos. La metáfora de nuestro autor reaviva la memoria de unos sucesos que se encuentran cada vez más lejanos en el tiempo.

En la siguiente referencia (*Ep.* II, 238), el obispo galo reseña unos hechos más cercanos, como son las campañas militares del cabecilla huno Hormidac. De ellas viene a decir que eran la expresión de una auténtica guerra ; y las diferenciaba de otro tipo de guerra, aquélla protagonizada por pequeñas partidas – *parua manus* (*C.* II, 237). En definitiva, Sidonio nos viene a decir que no se trataba de una contienda del tipo de la revuelta de Espartaco. Y del tracio afirma que *Nec carcere fracto ad gladiaturam tu Spartace uincte parasti*. Por lo tanto, en esta ocasión Sidonio parece minimizar los hechos frente a las desgracias del presente. La revuelta es mostrada como la actuación de pequeñas partidas de bandidos que no alcanzan los límites del horror y del peligro que sí padecen sus contemporáneos : problemas, para un obispo cristiano, como la extensión de la herejía y el dominio bárbaro por la Galia ⁽²³⁾. Frente a tales adversidades, la aristocracia gala, a la que pertenece nuestro autor, termina refugiándose entre los límites de la *Romanitas* ⁽²⁴⁾. En ese sentido, Sidonio es otro de esos exponentes, tan claros en el siglo V, de la típica “mentalidad del sitiado” ⁽²⁵⁾.

No deja de resultar curioso que Sidonio intente establecer una distinción entre los peligros bárbaros y la revuelta de Espartaco. Y más cuando hemos tenido la ocasión de comprobar, en ejemplos anteriores, cómo algunos autores ponían el acento, precisamente, en la vertiente barbárica no sólo de Espartaco, sino de muchos otros participantes de la rebelión servil. De hecho, una buena parte de los gladiadores, al ser prisioneros de guerra, no eran sino bárbaros. En la última referencia seleccionada (*Ep.* IX, 252), Sidonio menciona las victorias de Espartaco sobre los cónsules ; utilizando un lenguaje poético enfrenta las espadas consulares – *consulum gladio* –, con la simple daga – *sica* –, propia del gladiador. Se trata, por tanto, del recuerdo de uno de los episodios de la revuelta : las derrotas de los ejércitos consulares fueron el detonante que hizo estallar el

(23) Sidonio es un continuador de los clichés literarios sobre el bárbaro. Algunos ejemplos son los siguientes : el bárbaro es el enemigo de Roma (*Ep.* VII, 7, 2), crueles y salvajes (*Carm.* V, 128 ; VII, 303 ; 363-368 ; 392-393 ; *Ep.* I, 8, 2 ; II, 1, 2 ; III, 3, 7-8), destacan por su belicosidad (*Carm.* VII, 361-362 ; 398-399 ; 411-430 ; 489-491 ; *Ep.* III, 4, 1 ; VII, 11, 1) y por su clásica perfidia (*Carm.* XXIII, 241 ; *Ep.* VI, 6, 1 ; VII, 6, 4).

(24) J. D. HARRIES, *Sidonius Apollinaris and the Frontier of Romanitas in Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, 1996, p. 34-35 : “The Roman were military weak, but it still remained open to them to define the frontiers of *Romanitas* or *Romania* in cultural terms, which were independent of military vicissitudes and which could be used to safeguard the self-esteem and identity of the former Roman elite”.

(25) M. BANNIARD, *L'aménagement de l'Histoire chez Grégoire de Tours : à propos de l'invasion de 451* (*H.L.* II, 5-7) en *Romanobarbarica* 3, 1978, p. 29 : la propia Galia se había convertido en una especie de “ínsula católica” rodeada de herejes.

terror en Roma. Este hecho provocó que Craso, movido por sus ambiciones personales, se aprovechara de la situación y tomara el mando de las operaciones. El triunfo de los rebeldes, gladiadores y esclavos, sobre unos ejércitos consulares constituye, además, una dura afrenta para el honor romano, más gravosa que las pérdidas humanas y materiales que conllevó.

En síntesis, Espartaco aparece, a través de los testimonios literarios clásicos, como una figura típicamente bárbara. En ese sentido se remarcan aspectos típicamente bárbaros como :

- a) La superioridad numérica ⁽²⁶⁾, tan referenciada en los relatos tardorromanos sobre la *Völkerwanderung* ⁽²⁷⁾.
- b) El recurso a tácticas propias de la guerrilla : emboscadas y tretas diversas que nos remiten tanto a los bárbaros como a los *latrones* ⁽²⁸⁾. Igualmente, su armamento no responde a los cánones romanos (Plut., *Crass.* IX, 1 ; 9).
- c) La frecuencia de los saqueos cometidos, que acercan a bárbaros y esclavos : pues la destructividad del extraliminar es un sólido *topos* en la literatura propagandística ⁽²⁹⁾.
- d) La ausencia de jerarquía social impuesta por Espartaco, clara muestra de primitivismo barbárico ⁽³⁰⁾.
- e) El ámbito rural en el que se desarrolla la revuelta servil ; los esclavos, como los bárbaros, son habitantes de un mundo fronterizo en el que las ciudades están al margen ⁽³¹⁾. Roma es el paradigma de la civilización urbana, fuera de

(26) Las fuentes, aún discrepando entre sí, coinciden en el elevado número de esclavos que toman parte en la revuelta. Floro afirma que al poco de producirse la fuga de Capua, los sublevados alcanzaban la cifra de diez mil (II, 8, 3). Apiano eleva dicho número a setenta mil durante su estancia en el Vesubio (*B.C. I*, 116). Las tropas mandadas por Crixo estarían entre los diez y los treinta mil hombres (Oros., *Hist.* V, 24, 2 ; Liv., *Per.* XCVI, 1 ; App., *B.C. I*, 117). Mientras Espartaco comandaría una cantidad sensiblemente superior, entre treinta y sesenta mil hombres (Oros., *Hist.* V, 24, 2 ; Eur. VI, 7, 2 ; Liv., *Per.* XCVII, 2). En la batalla final la cifra de esclavos muertos alcanza cotas de vértigo : sesenta mil para Orosio (*Hist.* V, 24, 2), mientras que Salustio la eleva aún más y la coloca en noventa mil (*Hist.* II, 30, 5). Al margen de los cinco o seis mil supervivientes (Plut., *Crass.* XI, 11 ; Oros., *Hist.* V, 24, 7).

(27) Recordemos el dato que señala la *Historia Augusta* de los 320.000 godos a los que tiene que hacer frente el emperador Claudio II (*SHA, Claud.* VI, 5) o a los 400.000 ostrogodos que Radagaiso lanza sobre el norte de Italia (Zos. V, 26, 3) o, más tarde, los 80.000 vándalos que ocupan el norte de África en 429.

(28) G. CHIC GARCÍA, *Consideraciones sobre las incursiones lusitanas en Andalucía en Gades 5*, 1980, p. 15 : el término *latrones* designaría a todos aquellos que tienen un modo irregular de luchar (bárbaros).

(29) F. DEL CHICCA, *Panegiristi e Barbari : tra convenzionalità e originalità di notazioni en Romanobarbarica* 11, 1991, p. 113-114.

(30) App., *B. C. I*, 117 ; Plin., *N. H.* XXXIII, 49.

(31) Vid. al respecto las interesantes noticias de Amiano Marcelino sobre dos pueblos bárbaros por antonomasia : alamanes (XVI, 2, 12) y hunos (XXXI, 2, 4).

la cual todo es caos. El refugio que los sublevados encuentran en los montes (Vesubio) ilustran esta idea ⁽³²⁾. Atrás queda una ciudad importante como Capua, ante ellos se abre un paisaje rudo y difícil : sólo apto para bárbaros y salvajes.

- f) La comparación que los autores romanos hacen entre Espartaco y otro bárbaro ilustre como fue el cartaginés Aníbal ⁽³³⁾. El miedo que ambos provocaron, las capacidades estratégicas de uno y otro, e incluso el plan de atravesar los Alpes que se atribuye al tracio (algo así como el reverso de la hazaña de Aníbal), permiten esas semejanzas.
- g) El amor a la libertad que los romanos atribuían a los bárbaros ⁽³⁴⁾ lo encontraríamos en el supuesto plan de Espartaco de cruzar los Alpes, abandonar Italia y volver a sus tierras de origen (Plut., *Crass.* IX, 7).

En suma : la figura literaria de Espartaco se halla íntimamente vinculada a la imagen tópica del *barbarus*, dentro de una intención moralizante, a veces de crítica de la propia sociedad romana, pero, sobre todo, con unos fines claramente propagandísticos de subrayar la gloria de una Roma militarmente triunfal.

Universidad de Cádiz.

Francisco Javier GUZMÁN ARMARIO
y Óscar LAPEÑA MARCHENA.

(32) Vid. C. ANTONETTI, C., *Agraioi et agrioi. Montagnards et bergers : un prototype diachronique de sauvagerie* en *D.H.A.* XIII, 1987, p. 199-236.

(33) HOR., *Ep.* XVI, 5 ; SEN., *Cont.* VII, 2, 7 ; EUTR. VI, 7, 2 ; CLAUD., *Bell. Get.* 154-165 ; OROS., *Hist.* V, 24, 5.

(34) Algo que A. N. SHERWIN-WHITE, *Racial Prejudice in Imperial Rome*, Cambridge, 1967, p. 33 detecta por primera vez en J. César ; también Tácito (*Hist.* V, 25-26) volverá sobre este tema.